



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12775

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 11 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París: A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Rusia y el Japón

La contienda en que actúan rusos y japoneses y que tiene por escenario la Manchuria, ha entrado en el periodo agudo. En tanto que el general Kouropatkin sigue recibiendo refuerzos por el transiberiano, bajo la vigilancia del general Kuroki, que no se sabe si se prepara con el fin de atacar ó está solo dispuesto a contener todo refuerzo que se intente enviar a Port-Arthur, el ejército del general Oku libra serios combates por posesionarse de aquella plaza.

Disponen los sitiados—si son ciertas las noticias que tenemos—de veinte mil hombres y suman sesenta mil los sitiadores; y si aquellos están decididos a impedir la entrada, éstos tienen empeño formal de entrar a viva fuerza, cueste lo que cueste.

Unos y otros saben que la posesión del baluarte ruso tiene importancia principal; tal vez de ella depende el resultado de la guerra y bajo este supuesto se comprende que si los rusos aspiran a ser héroes para conservarlo, los japoneses han de extremar su probada bravura para llegar a su objetivo.

Port-Arthur en manos de los rusos es la esperanza en el futuro. En tanto que lo tengan podrá ir al Extremo Oriente la escuadra del Baltico; pero si cae, si el pabello de Rusia es sustituido por la bandera del Mikado, el resto de la escuadra surta en dicho puerto, será una fuerza negativa si no se convierte en contraria, la escuadra del Baltico no tendrá ya puerto de refugio y los buques de guerra japoneses seguirán imperando en el mar Amarillo.

Que así juzgan la cuestión los nipones es cosa descontada. Su plan, que ahora se ve claro, ha si-

do llamar fuerzas sobre distinto punto del que iban a atacar; y cuando estuvo consiguado el propósito, lanzaron numerosas fuerzas para sitiar a Port-Arthur.

Y ya le han dado la primera embestida; ya han librado un combate sangriento, porfiado, en el que han muerto millares de hombres de los que atacaban para entrar y de los que se defendían para impedir la entrada.

Tres mil quinientas bajas han costado los japoneses en el primer asalto de ese duelo a muerte. Las de los rusos no se sabe a esta hora cuantas son; pero aunque rechazaron al enemigo, es lógico pensar que les costara caro este primer triunfo.

Ya iban viniendo los detalles de esa lucha titánica cuyos resultados cada día nos sorprenden mas. Pero en tanto se libra el último combate y queda la victoria por los sitiados o por los sitiadores, vendrán por los hilos noticias que habrá que poner en cuarentena, como la de anteañoche, por la que aparecía aniquilado el ejército del japonés Oku, de sesenta mil hombres, por la guarnición de Port-Arthur que es de veinte mil.

Esa noticia que hacia prever una catastrofe, se ha simplificado. Se trata de un ataque del ejército japonés a Port-Arthur, en el que éste ha sido rechazado con pérdida de tres mil quinientos combatientes.

Nada tiene eso de particular; ni lo tendrá el que se libre un nuevo combate con el mismo fruto. Lo que será importante es que se rindan los sitiados ó que se declaren impotentes los nipones para tomar a Port-Arthur.

RECORDOS

VACACIONES

Llega el verano. Comienza esta hermosa estación del ca-

lor, del sol, de la luz espléndida, y la nostalgia de las cosas pasadas, perdidas para siempre, se apodera de mi ánimo.

Son los recuerdos venturosos y alegres de la niñez, que van alejándose, quedando sólo entre las brumas de la memoria, y que en el melancólico ensueño de lo que pasó adquiere tonalidades más puras, más dichosas; porque en el transcurso de nuestra miserable vida lo que más nos gusta es aquello que está lejano, que se va perdiendo poco a poco.

Vacaciones

Esta palabra, tan sencilla, tan vulgar, era para nosotros de un encanto indefinible.

Apenas comenzaban a verdear en los árboles frutales del jardín del colegio los albaricoques y las peras, empezábamos nosotros a pedir el descanso de todo un curso pesado, transcurrido entre lecciones de religión y latín, y que terminaba con el horrible martirio de los exámenes.

Nos pasábamos las noches de Mayo en vela con el libro ante los ojos, luchando con el sueño que inclinaba nuestras frentes, escuchando por las ventanas entreabiertas el murmullo del agua de la fuente, que caía en la taza con un echoro monótono y continuo, y el murmullo del viento que hacía cabecear melancólicamente las copas de los árboles, y tratando de meter en nuestros cerebros las declinaciones y conjugaciones.

En el inmenso dormitorio, donde estaban alineadas las camas, anchas y holgadas, de madera blanca, con colchones de muelles, sábanas limpias y almohadas mullidas, no se oía sino un susurro continuado de frases y verbos latinos.

¡Oh, el latín!

Era nuestro más grande tormento. No podíamos retener en la memoria aquellos enrevesadas palabras, y luchábamos con denuevo hasta sabernos al dedillo el «Ego sum, tu es, ille ille est.»

Así nos pasábamos casi toda la noche alumbrados por el farol colgado en el centro de la sala, escondiéndonos debajo de las sábanas cada vez que oíamos los pasos lentos del celador.

Teníamos que aprovechar todo el tiempo que perdíamos durante el invierno, cuando íbamos a las clases con los ojos hinchados por el sueño para entretejer las horas haciendo pajaritas con las hojas del libro y disparando «casetas» al profesor «Don José» viejo calvo y pequeño, que nos miraba

a través de sus lentes azuladas, y que nos amonazaba a cada instante con mandarnos al calabozo, un cuarto estrecho, que tenía una pequeña ventana en lo más alto de la pared y por donde corrían las ráfagas a sus anchas.

Pero todo esto terminaba; pasaba el duro trance de los exámenes, donde recitábamos nuestras lecciones, temblorosos, ante el Tribunal, compuesto por varios señores graves que venían de Sevilla, nos daban suelta y abandonábamos aquella cárcel, como pajarillos que se escapan de la jaula donde están prisioneros.

Llegaban entonces los días felices de descanso, transcurridos en nuestras casas, tranquilos, sin tener que estudiar el latín odiado, haciendo lo que queríamos, porque no nos vigilaban celadores ni maestros.

Aquellos tres meses eran para nosotros la vida agradable, placentera, sin preocupaciones, sin disgustos...

Luego volveríamos al colegio, para ir adiestrando nuestros cerebros y nuestras inteligencias con el estudio y el trabajo diario.

Pero mientras esto llegaba, gozábamos de unas vacaciones, hermosas, distraídas, alegres...

Ya hubo todo esto.

Ya no pasamos las horas en clase burlándonos del profesor, ni robamos tiempo al descanso para recuperar lo perdido, ni disfrutamos de vacaciones.

Ahora estamos condenados a un continuo trabajo, a un todo luchar por la vida, cuyo áspero camino comenzamos a emprender.

Y en medio de esta existencia pesada y miserable, nos acordamos de aquellos tiempos como de una tranquila y bella visión que huye, que se esfuma entre las nubes de lo lejano.

¡Oh dulces recuerdos de la infancia!

F. Serrano Anguita.

En defensa de sus intereses

En el Ayuntamiento de San Fernando se ha celebrado una importantísima reunión, en la que se han propuesto soluciones en bien de la defensa de los intereses de aquella población, y de la continuación del Astillero como establecimiento industrial.

Según vemos en la prensa de aquella

localidad, todos cuantos asistieron a dicha reunión se expresaron en términos lógicos y en favor de los intereses de la marina, pues ya era llegado el momento de acudir a patitas y mostrarse enérgicos.

Se acordó por unanimidad: 1.º Que se realice una manifestación popular que con una Comisión del Ayuntamiento visite al Capitán general y le haga presente los deseos de San Fernando.

2.º Que inmediatamente salga para Madrid una comisión compuesta del Alcalde, un Concejal liberal y otro republicano.

3.º Que caso de no obtener solución favorable, se exija de los diputados la renuncia de sus actas y el Ayuntamiento presente su dimisión en pleno y se constituya en Junta popular de defensa.

¡Qué contraste ofrece el interés de San Fernando con la punible apatía de aquí!

Ya es tiempo de que Cartagena sacuda esa perniciosa apatía que tanto le daña, mostrándose enérgica, en defender los intereses de la marina, que son los suyos.

Ya debió adoptarse una resolución ante el conflicto de que se condena a muerte a este Arsenal.

Nosotros creemos que ha llegado el caso de librar la batalla, considerando que en nuestro favor contamos hoy con una fuerza poderosa, cual es, el que los proyectos lastiman en general a toda la marina y a los Departamentos.

Hagamos algo práctico, algo que llegue a las altas esferas, es defensa de los intereses de la marina, que son los nuestros.

Si seguimos con esa apatía, que nunca pudiera calificarse de criminal, la muerte de este Arsenal será un hecho y Cartagena sufrirá los perjuicios consiguientes, que hay que evitar a todo trance.

Cumplimos con nuestro deber dirigiendo esta excitación a los hombres de buena voluntad, a los verdaderos cartageneros, a los que tienen el insuperable deber de defender los intereses de esta ciudad desdichada, digna de mejor suerte, que, triste es confesarlo, se encuentra en el mayor desamparo.

Si no se hace algo que redunde en beneficio de nuestros intereses, no culpemos a nadie de las desdichas que vendrán sobre esta ciudad; culpémoslos a nosotros mismos, que permanecemos inaprovechables viendo venir a pasos agigantados la ruina de Cartagena.

Nuestra será toda la culpa, pues si no sacudimos esa apatía mostrándonos enérgicos...

En todas partes se leían con entusiasmo y a pesar del sordo rumor de las madres cuyos hijos pertenecían a aquel ejército, tanta gloria hacia callar, los temores y la admiración lo predominaba todo. Mas en ninguna parte, se puede asegurar muy bien, se esperaban los boletines con más impaciencia que en casa de Juan Castelnaud, ni en ninguna parte había un corazón que latiese con más violencia que en casa de Mr. D'Arnay, cuando se retrasaban algo mas de lo acostumbrado.

Castelnaud y su esposa iban presurosos a casa de Mr. D'Arnay y con los ojos fijos en el mapa se seguía con ansiedad la marcha de las tropas francesas, se asistía a los combates en que debía encontrarse Gustavo, y se felicitaban luego de que en medio de tantos peligros, no hubiera sido tocado aun por el pomo ó el hierro enemigo.

Se hablaba en seguida de Jorge, de su valor, de su generosidad, de la nobleza de su alma. Jorge había salido de España y hacia algún tiempo que no se tenían noticias de él.

La buena Rosita no podía ocultar su desasosiego, y ni la ternura de Magenta a quien llamaba su hijo, ni la confianza de Juan Castelnaud, ni la elocuencia de Mr. D'Arnay, podían inspirar la tranquilidad que había huido de su corazón de madre.

En fin, llegó la tan deseada carta que decía: «Mi querido y venerado padre: mi regimiento ha experimentado pérdidas considerables, y por orden del ministro, venimos al Mediodía de Francia a repararlas con enganches voluntarios.

Posible es que pueda pasar a veros antes del invierno, y Dios lo haga, porque a pesar de la buena suerte que hasta ahora he tenido, siento la necesidad de demostraros cuán de veras os amo y venero. Me hacen falta mi buena madre y sus dulcísimas caricias, vuestros consejos y los de Mr. D'Arnay, y deseo, con todas las veras de mi alma oír la dulce voz de mi futura hermana, de la señorita Eugenia antes de partir para algún país lejano, porque no es probable que la guerra acabe tan pronto, y nosotros entraremos en campaña a la primavera próxima.

¿Tenéis noticias de Gustavo? ¿Ha podido escribirnos? Por lo que a mí hace, no tengo otras noticias que las insuficientes de los boletines.

Seguía una larga expansión de ternura y de afecto, en que el alma de Jorge se descubría por completo a los objetos de su cariño; pero ni una sola palabra que pudiera dejar traslucir lo que había sentifieldo tan generosamente; ni una sílaba daba a entender respecto a Eugenia otra cosa que el afecto fraternal más

había hecho en su hermoso rostro; se había puesto de hito, considerándose como vinda de Gustavo; y su tío no se había opuesto a este piadoso designio.

Juan Castelnaud fué a suplicar al párroco que celebrase la misa «de requiem» por el alma de Gustavo. Todo el pueblo asistió a la religiosa ceremonia.

Era un espectáculo de sublime sencillez el que ofrecía aquel anciano en los días próximos anteriores tan robusto y tan enérgico, envuelto hoy y padeciendo sostenese apenas aquél día bajo el peso de los vestidos de luto por su hijo. Todos respetaban y compartían aquel dolor tan verdadero; tan profundo; y se compadecían principalmente a la desgraciada madre, cuyos sufrimientos hablan errantes de lágrimas a los mas indiferentes y empedernidos.

A la salida de la triste ceremonia, Mr. D'Arnay, atajado en el proyecto que acababa de dar largo tiempo de casa con Gustavo a la hija de Cecilia, a la que amaba con la ternura de un verdadero padre, se sintió agacado de un mal desconocido, y se puso en cama con la certidumbre de que no podría rehacerse contra un golpe tan rudo y tan inesperado.

Por lo que hace a Eugenia, pasaba a la estatua del dolor; pasaba horas enteras, inmóvil en la cama donde el anciano que había guiado en juventud,

